

está abierta a la esperanza de una vida con sentido. Ése es el elemento que el cristianismo debe anunciar en medio de una cultura en donde los ídolos de la muerte se multiplican diariamente. Son estos elementos los que coronan el libro de Hans Kessler.

Finalmente animar a los lectores a sumergirse en este libro y en sus reflexiones fundamentadas. La calidad académica y científica del autor se deja ver de sobra en cada una de las páginas del libro y, a su vez, ellas se van conjugando con una profunda cercanía espiritual, pastoral y humana. En suma, un libro que acompañará la búsqueda cotidiana del significado de la resurrección de Jesús.

JUAN PABLO ESPINOSA ARCE

Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile  
jpespinosa@uc.cl

Enxing, Julia. *Culpa y pecado de [en] la Iglesia. Una investigación en perspectiva teológica*. Verdad e imagen 223. Salamanca: Sígueme, 2023, 302 pp. ISBN: 9788430121878.

Solemos afirmar que la Iglesia es *santa y pecadora*, pero ¿en qué medida podemos decir esto último con propiedad? La Iglesia, en cuanto comunidad de creyentes ¿alberga en su seno a pecadores o es ella misma pecadora? ¿En qué medida las peticiones de perdón que realiza la Iglesia son adecuadas? ¿Puede un grupo humano reconocerse pecador en su conjunto? Todas estas preguntas, que surgen con fuerza de manera especial ante la crisis global de abusos en la que estamos inmersos, son las que impulsan la reflexión de estas páginas.

Julia Enxing, profesora de teología sistemática en la universidad de Dresde, nos ofrece un trabajo seriamente fundamentado, con densidad teológica y muy pertinente en el momento actual. Su trabajo va a ir mostrando progresivamente cómo una Iglesia que sólo puede verse a sí misma como santa no tiene capacidad para confesar su culpa y su pecado, y que, si bien la comunidad creyente es testigo de la santidad de Dios, debe reconocer cuándo no es fiel a esta misión y convertirse. El libro se articula en torno a cuatro extensos capítulos y un quinto, breve y conclusivo, en el que hace balance de lo estudiado y plantea perspectivas de profundización posterior.

El primer capítulo gira en torno a la distinción entre culpa y pecado. La falta de consenso entre los estudiosos no impide que la autora realice un exhaustivo estudio que recorre la perspectiva filosófica, bíblica y teológica. Así, va presentando cómo se han ido posicionando con respecto a esta cuestión teólogos sistemáticos, como Weinrich o Gestrich, el exegeta Klauck o el filósofo Theunissen. Sólo después, Enxing hace una inmersión en la Sagrada Escritura

para concluir que no hay una diferenciación clara entre ambos términos en la Biblia y que tampoco se puede establecer una distinción a partir del concepto de libertad o en relación con la conciencia de Dios.

A pesar de que, según Enxing, casi no hay razones para mantener teológicamente una distinción entre culpa y pecado, la tendencia a privatizar el pecado y a convertirlo en una cuestión «entre Dios y el individuo» hace que ella considere más adecuado hablar de *culpa*, pues «amplía el ámbito de competencia para el pecado de (en) la Iglesia al conjunto de la existencia social» (p. 51). Se trata, en realidad, de lo que las teologías de la liberación han intentado resolver acuñando la expresión «pecado estructural».

A pesar de la toma de postura de la autora y de su preferencia por el término *culpa* frente a *pecado*, a lo largo del segundo capítulo irá alternando uno y otro según la preferencia de los autores que va recorriendo. El extenso primer apartado del capítulo segundo lo va a dedicar a la relación entre la culpa, el pecado y la naturaleza humana. Comienza esta andadura resumiendo la propuesta del filósofo Josef Pieper, que aborda la cuestión desde una comprensión del ser humano en permanente relación con lo distinto, de la culpa como un proceso negativo más que un acto erróneo y único, y de la conversión como un proceso.

Enxing dedica muchas más páginas a ahondar en la postura de la teóloga Marjorie Suchocki. Ésta plantea que el pecado exige libertad y voluntariedad, sin que esto implique que no exista determinación, mientras que la culpa es el resultado de «una negativa a superar las estructuras o los límites pecaminosos» (p. 71). De esta manera, Suchocki plantea la paradoja de que, para superar las estructuras pecaminosas se requiere trasgredir unos límites que, a su vez, generan sentimientos de culpa. Así, esta teóloga sitúa la culpa a un nivel más personal y el pecado más en la línea de «pecado estructural», como una *rebelión contra la creación*, alertando de los peligros que comporta reducir éste a una falta contra Dios. La autora pasa de una forma mucho más rápida por la visión de Roger Haight sobre cómo el pecado individual repercute en las instituciones.

Los siguientes apartados del segundo capítulo despliegan la importancia de reconocer la culpa de manera creíble, presentan las dinámicas de la culpa y el pecado y enuncia la idea de la culpa colectiva desde dos miradas diversas. La primera de estas miradas, que es la de Martin Honecker, considera la colectividad como un sujeto ético con responsabilidad colectiva que es mucho más que la suma de la responsabilidad de cada individuo que la configura. La segunda es la de Karl Jaspers que, al preguntarse por la culpa de los alemanes ante el genocidio, distingue distintos conceptos de culpa.

La pregunta que late tras el conjunto del libro es cómo se puede compaginar que la Iglesia sea santa y pecadora. A cómo se aborda esta cuestión en la eclesiología del Concilio Vaticano II dedica el tercer capítulo del libro. El pensamiento de Karl Rahner sobre esta cuestión jugó un papel esencial en los textos conciliares. El teólogo alemán fue testigo de los llamados «procesos de

moralidad», que sentaron ante los tribunales a presbíteros acusados de delitos contra menores. Esto le llevó a reflexionar sobre la relación entre la Iglesia y los pecadores algunas décadas antes de que se celebrara el Concilio. Ante la pregunta de si los pecadores son miembros de la Iglesia, Rahner plantea que sí y que, por ello, no se puede justificar que la Iglesia no quede afectada por el pecado de sus miembros. Apunta, además, la necesidad de clarificar cómo se realiza y actúa la santidad de la Iglesia en su dimensión terrena y cómo entra ésta en relación con la celeste.

En un segundo momento del tercer capítulo, la autora estudia cómo se plantea la cuestión del pecado y santidad de la Iglesia en los documentos del Concilio Vaticano II, en concreto, en *Lumen Gentium*, *Unitatis Redintegratio*, *Gaudium et Spes* y *Dignitatis Humanae*, así como en las discusiones conciliares que precedieron la aprobación de estos textos. Enxing muestra, por una parte, que la cuestión del pecado de la Iglesia estaba siendo discutido intensamente en la época y, por otra parte, que, si bien por el contexto de los pasajes parece estar reconociéndose implícitamente la culpa de la Iglesia, esto no puede leerse con claridad en ninguno de los textos conciliares.

A modo de estudio de la recepción de la eclesiología conciliar, el cuarto capítulo se detiene en el reconocimiento de culpa por parte de la Iglesia. Para ello, analiza la confesión de culpa de Juan Pablo II en el año 2000 y el documento de la Comisión Teológica Internacional que, más que pretender asesorar las decisiones magisteriales, parece ser, más bien, una explicación del gesto papal. La autora analiza ambos textos, así como las reflexiones teológicas que surgieron a partir de ellos, poniendo en evidencia que aún no se ha resuelto satisfactoriamente la relación entre santidad y pecado de la Iglesia y que, como ella defiende, ambas constituyen parte de la identidad y de la realidad de la Iglesia.

Las páginas conclusivas del quinto capítulo, no sólo retoman los elementos esenciales de la tesis de Enxing, sino que nombra algunos de los temas vinculados con la cuestión tratada y que deberían seguir profundizándose. Se trata de un libro serio, profundo, muy pertinente y, sin duda, para leer con atención.

IANIRE ÁNGULO ORDORIKA  
Facultad de Teología de la Universidad Loyola Andalucía  
iangulo@uloyola.es